

nar el día menos pensado. Tumbábase encima de la hierba, de cara á las nubes, para pensar alto, y veía cómo los astros iban encendiéndose uno á uno, por parejas, por constelaciones; sin proponérselo, pensaba en mundos infinitos, en existencias superiores, en felicidades supremas, y ganábalo una dulzura intensa que lo inmovilizaba de cuerpo y le soltaba las ideas á que volaran, á que subieran, allá, arriba, ¡quién sabe dónde!, cual si sus ideas poseyeran alas y en la mente del artista desgraciado se consumieran prisioneras... Si por acaso cerraba los ojos con el propósito de que la jaula de su cráneo no quedase desierta, ¡qué incongruencia!... ¿pues no entrábanle secretas ganas de ponerse á rezar, muy quedito, para los astros? ¿no involuntariamente volvíase á Dios y se creía dotado de su alma de niño, la que en las escuelas habíanle amputado cuando le demostraron con una millonada de razones científicas que la tal no existe ni es posible que exista porque... pues, por todo aquello que le explicaron y que á él se le grabó corrosivamente en los interiores de su sér?...

Salvador atribuía el curso de sus pensamientos á debilidades impropias de hombre, y ahogaba el impulso, rompía el hechizo, se incorporaba bruscamente, y, ya anohecido regresaba á la ciudad, á la cloaca cuyas fosforecencias impuras, á la distancia diademábanla de un halo luminoso. A la cloaca tornaba; y para que la tentación no lo invadiera otra vez, en lugar de mirar á lo alto, á lo bajo miraba, gacha la cabeza y el andar tardo; como si el *algo* que faltábale, hubiera de encontrarlo por los suelos, buscando, buscando...

II

Convencido de que se estrellaría al tocar la tierra, apretó sus ojos y extendió los brazos, vertiginosamente atraído por el abismo que columbraba en su descenso... ¿Por qué caía, tan de repente? ¿Por qué había subido, tan alto, con qué poder, desde cuándo?...

Como tardase en llegar, no obstante que bajaba á grandísima priesa, entreabrió los ojos, con miedo, para averiguar por dónde iba, y tan cerca hallóse de la tierra que, en rápida ojeada, abarcó un extenso conjunto: los volcanes, las montañas, los lagos del valle de México, al instante reconocidos; luego, vió la ciudad enorme, tendida á sus pies, morisca, envuelta en gasa de polvo, apenas rasgada aquí y allí por las torres de los templos, por chimeneas, por los observatorios simulando minaretes... Y conforme acercábase, siempre con los brazos rígidos, convencido de que lo mataría la intensidad del choque, sudando un frío sudor copioso que lo empapaba y estremecía por lo irremediable del riesgo sin duda, todavía acertó á mirar la florescencia extraña de la anciana ciudad impenitente; sí, vió unas flores extraordinarias, cuyos nombres, sin embargo, él sabíase de coro aunque de nadie los hubiese aprendido, que aplicaba con una portentosa atingencia no obstante divisarlas malamente en su sin igual caída; flores con aromas ignotos, con colores fantásticos, cual ni los chinos ni japoneses imaginaron nunca para los bordados mágicos de sus sedas ó para el esmalte

y relieve de sus lacas únicas... flores que se mecían en los bosques, en los parques y alamedas, en los jardines de los acaudalados y en los tiestos de barro de los pobres; hasta en las junturas de las losas de las plazuelas miserables, hasta entre las piedras de las calles y de las callejas más apartadas y lamentables... veía la Flor del Homicidio, la Flor del Adulterio, la Flor de la Muerte, las flores de todos los crímenes y las de todos los pecados, *las flores del Mal* del poeta, que crecían y crecían lozanísimas, regadas y cuidadas para que ninguna virtud las secara, por ancianos y niños, por hombres y mujeres, por ricos y menesterosos, por autoridades y gremios, por los maestros, que debieran de difundir la luz, y por los discípulos, que debieran de aprovecharla, ¡por todos!... menos unos cuantos, poquísimos, que furtivamente, cual si acto reprobado ejecutasen, cuidaban y regaban las flores del Bien, la Flor de la Vida, la de la Honradez, la del Amor y la de la Justicia... Tan contados eran estos últimos, tan distanciados hallábanse entre sí, que no se conocían ni trataban; hallábanse tan necesitados de agua ¡oh, unas gotas de la que los otros vertían á raudales sobre su flora maldita!—que para conservar las flores del Bien medianamente frescas, para atajar su completo agostamiento, con lágrimas regabanlas y con las manos trémulas y sangrantes enderezaban sus tallos espinosos... Entristecido de que lo arrojaran desde lo alto—¿quién? ¿por qué?...—á fin de que se hundiera entre las flores que más dominaban (las otras las distinguía difícilmente), volvió á cerrar sus ojos, ya muy cerca del suelo, y fervorosamente, con fe infinita que le brotaba de ignoradas fuentes, por un esfuerzo mental poderosísimo tornóse á Dios y le pidió que ya que le deparraba esa muerte instantánea, le consintiera caer en uno de los entrevistos huertos sin mancha...

¡Y cayó!...

Debía estar muerto ó á punto de morir, pues hecho pedazos se sentía de resultas de la caída, y tan débil, que no atinaba á moverse, ni á abrir los ojos. ¡Qué silencio tan grande el que oía y qué anhelo de llorar, Señor, de que el pecho se le desahogara con el llanto!... A poco, creyó percibir lejano rumor de voces, un ambular de luz que alguien condujera entre las manos; y seguro de hallarse ya en el cementerio, en la mismísima fosa, supuso que luces y voces serían las de los enterradores que se alejaban luego de concluída su fúnebre faena... Trató de incorporarse y de gritar, de pedir socorro, y sólo el llanto vino en su auxilio... Sin abrir los ojos, por una necesidad meramente nerviosa rompió á llorar, y sintió, así como suena, sintió que le enjugaban su llanto, y escuchó, distintamente escuchó que decían muy cerca de él:

—«¡Bendito sea Dios, señor Covarrubias, su amigo se ha salvado!»

¿Qué voz sería aquella que él no identificaba? ¿de qué se habría salvado? ¿de morir? ¿de que le enterraran vivo? ¿qué venía á hacer Covarrubias junto al cuerpo suyo de lo alto caído?...

Pugnó ahora por abrir los ojos y cerciorarse de si vivía ó agonizante deliraba; pero ahora sus párpados se negaban, carecía de fuerza para levantarlos.

El murmullo de palabras continuaba; continuaba el ir y venir de las luces; de nuevo oyó que le hablaban, aunque en esta vez reconoció la voz del amigo, de Covarrubias, que lo interrogaba.

—«¿Me oyes, Salvador? ¿sabes quién está hablando?...»

Tampoco le fué dable contestar ni los labios acataron el mandado de la voluntad. Embargábalo dulcísimo sue-

F. GAMBOA

ño, un bienestar inesperado; ya nada dolíale ni nada apeteecía, sino dormir ese sueño que lo invadía; dormir mucho, años y años... Pudo al fin, un segundo, despegar los ojos, y suspensos sobre él creyó ver tres rostros apiñados que á la débil flama de una vela que tapaban con las manos lo examinaban con marcado interés. A Covarrubias lo distinguió en el acto, quizá porque era el más próximo á su rostro; las otras dos personas se le esfumaban: una cara masculina, con anteojos y barba; una cara de mujer, pálida, con tocas, como las religiosas... Quiso sonreírles, narrarles lo visto arriba y lo visto en su descenso, pero el sueño aquel se lo estorbó y ya ni vió ni oyó. ¡Dormía!

La convalecencia, aunque prolongada y delicadísima, no le resultó ingrata. Por las mañanas, en la azotea, arrellanábase en su viejo sillón abacial, calada la gorra y enfundado en su chaquetón de pana que usaba para pintar; el taburete de los pinceles, sustentando sus pies; mantas y colchas impidiendo que las piernas se le enfriaran, y encima de éstas el «Obispo», adormecido, disfrutando al igual del amo enfermo, el sol de otoño que los bañaba á los dos con idéntica fuerza. Antes de las diez, en que tenía que hallarse en el hospital, Cisneros, el médico llevado por Covarrubias y que no cobraba por la cura ni una peseta á pesar de la buena falta que le hacía, Cisneros venía á enterarse de cómo había sido la noche, á conversar un cigarrillo y á prometer su vuelta para la hora de la tertulia nocturna. En los primeros días de su resurrección, en que aún no podía valerse á sí mismo, la religiosa que atendíalo, de balde también, le daba medicamentos, comida y moderado palique—este último hasta que no se lo conquistó con sus andares sin ruido, su mansedumbre y su paciencia, la inmensa caridad que se desprendía de su per-

RECONQUISTA

sona, hábitos y tocas; pues á los principios, por lo que el traje de la «hermana» y su juventud no exenta de cierta pureza de líneas, le abrieron la mal cerrada llaga del monjío de su hija Magda, Salvador no le dió oídas, ni respuestas, ni gracias; dejábase hacer, envuelto en un agresivo mutismo.

Al sonar la una presentábase Covarrubias, precedido de la «casera», que conducía la comida humeante dentro de un canasto con servilleta; Covarrubias no se llamaba Julián, sino *Baltasar*, y el yantar humilde no se apodaba almuerzo ni comida, sino *festin*. A comer entraban los tres: la religiosa, Julián y Salvador, con su inseparable «Obispo»; la «casera» los servía, y los comensales y el estudio alegrábanse para rato. A las tres menos cuarto, Covarrubias se despedía, con brindis siempre, maldiciendo de su carencia de caudales que encadenado tenía á una oficina del Gobierno donde ganaba el pan, «el pan nuestro...»; prometiendo á la religiosa su canonización ¡asunto de un par de meses!, á Salvador la salud ¡asunto de un par de días!, y profetizándose para sí mismo ¡asunto de un par de siglos! más reputación y fama por sus libros, que la de Zola y Tolstoi por los suyos... ¡Ah!, para el «Obispo» auguraba un sepulcro con mansoleo en el cementerio de gatos que México fundaría al propósito de no ser menos que Londres con su cementerio de perros... A «Netzahualcóyotl» premiábalo inmediatamente con un pedazo de fruta, que en persona llevábale á su jaula.

Partido Covarrubias y alzada la mesa por la «casera», muy arropadito, Salvador descabezaba una siesta larga en el rincón más abrigado del taller, tras el biombo medio roto, donde pasáronle el catre cuando su gravedad. La religiosa, cual si también se marchase, pues ni quien la oyea en sus rezos y plegarias de todas las horas; entre sus de-

dos, desgranándose las gruesas cuentas del conventual rosario; entre el mundo y ella, virtudes y oraciones.

Con ser las tardes cortas y las siestas largas, despertábase Salvador á horas en que su estudio mutilado principiaba á obscurecerse, siendo lo raro que, conforme la estancia obscurecía, á él se le iluminaba la memoria, por lo que muy en silencio, á efecto de que la religiosa no advirtiese su despertar, se ponía á devanar los ovillos de sus planes y recuerdos. Hasta lo soñado durante la fiebre cerebral, que por poco no carga con él, quiere decir, hasta los fragmentos del delirio calenturiento que aún permanecíanle adheridos en los desvanes de su cerebro, como en las esquinas quedan al aire meciéndose, trancos y destefidos, trozos de anuncios, de programas de fiestas con sólo unas cuantas letras legibles que, sin embargo, nos permiten al pasar junto á ellos y contemplarlos distraidamente completar la frase que alguna vez (¿cuándo?...) se leyó íntegra, hasta esos fragmentos Salvador los mezclaba á su rumiar de proyectos y añoranzas que entre las sombras del cuarto cobraban alma. Después, asaltábalo sin fin de preguntas: ¿cómo estaba viviendo? ¿quién sufragaba gastos? ¿Covarrubias?... ¿de dónde?... Y como todavía sintiérase enfermo y débil dejaba al tiempo el cuidado de responderle, por egoísmo propio de convaleciente que renace, por mero regocijo animal de palparse completo y en vías de alivio. Aunque en el mismo instante la enfermera se le apareciese y discretamente, de lejos, le preguntara si ya había despertado, si quería luz ó agua, ó que lo ayudara á instalarse en el sillón, en lugar de aclarar con ella la serie de enigmas, limitábase á contestarle:

— ¡No, hermana, muchas gracias, así estoy bien!...

Retirábase la hermana con sus sordos andares de espíritu que no pisa los suelos, y Salvador volvía á engolfarse

en reminiscencias y planes; de entre éstos descollaba el propósito irrevocable de trabajar muchísimo en cuanto se aliviara del todo y no lo atacaran más los vértigos que hoy, á la menor concentración, hacíanle perder el sentido y lo derribaban lo mismo que si de plumas estuviese fabricado. De las reminiscencias—¡habráse visto!—las que descollaban eran las que con Carolina y sus amores relacionábanse; pero sin asomos de remordimiento por el abandono de él, nó, más bien una concienzuda pormenorización de los sucesos y una lógica certidumbre de que al levantarse sano é irse por esas calles de Dios, con Carolina había de tropezar y Carolina había de seguirlo adonde él la llevara, sin recriminaciones ni protestas, cual si no hubieren mediado ofensas graves, ni el tiempo hubiera transcurrido, ni la ausencia hubiera acabado de dar al traste con los vínculos rotos bárbara y cobardemente... ¿No él, Salvador, al cabo de su tremenda enfermedad vencida de milagro, volvía á lo que fué antes de enfermar? ¿Por qué Carolina habría de estar en brazos de otro que la hubiese justipreciado y otorgádole la dicha que tanto merecía y que él le arrebató sin razón ni motivo?...

Por si el divagar con estas ideas—que algo acibarábanle el gusto, la última particularmente de que Carolina casada ó no, con otro viviese,—fuera un remordimiento disfrazado, pedía á la hermana que encendiera la luz ó le dijese la hora; nada, pretextos de que le hablaran, de distraerse de la obsesión, suave á sus comienzos y después desagradable; necesidad de no saberse á solas con aquella intrusa que venía á interrumpirle las dulzuras de su convalecencia y las de no pensar con fijeza en cosa seria; que si de quietud y reposo había menester para su cuerpo, más reposo y quietud pediale el pensamiento.

A las ocho en punto, aparecíase por segunda vez Julián

precedido de la «casera» que subía la cena, harto más frugal que la comida; y á partir de las nueve—la religiosa recogida ya en la pieza de entrada, en una alcoba hecha de cortinas y pedazos de alfombra, que la secuestraba de indiscreciones,—empezaban á caer varios amigos, pocos, los que de veras quisieron siempre á Salvador como individuo y como artista. Cisneros, el médico de cabecera, distinguíase por su puntualidad invariable. Atenta la mudanza de tiempos, que hoy no era ayer ni Salvador podía obsequiarlos igual que cuando recibíalos en la casita de San Rafael—de bien provista despensa,—los cuatro ó cinco fieles aportaban con botellas de cerveza y tequila, con *tor-tas compuestas* y cigarrillos, aun con un paquete de esteáricas de «La Estrella» por si la charla alargábase, y le hacían la tertulia al convaleciente hasta después de media noche, en que salían de la complicada topografía de la casona—Cisneros y Covarrubias inclusive—como Dios les daba á entender, tropezando aquí, golpeándose allá, sofocando risas y torpezas á fin de evitar que la portera ó algún vecino malhumorado les armase un cisco de gendarme y todo.

Consistía lo extraordinario de estas reuniones, sin las cuales días atrás Salvador no podía pasársela, que ahora, no obstante que en ellas tomaba activa parte, que se empeñaba en controversias, y de bonísima gana reía de chistes y agudezas, no le resultaban. Fuera de algunos puntos de contacto que en el modo de pensar y de decir reconocíase con Cisneros, y fuera de los muchos que á Covarrubias acercábanlo, lo que es los otros, sus *amigos y hermanos* de antaño, quedábanle á millones de leguas; como á todos nos quedan tantos individuos que por una causa ú otra, tratamos con frecuencia y aun con intimidad legítima casi. Vaya, que diversas noches, hasta deseó Salvador,

para sus adentros, que abreviaran su permanencia y su pali-que. Y no sabía, no atinaba con la causa; ellos seguían siendo los mismos, simpáticos, inteligentes... ¿Sería él, Salvador, el que habría cambiado á causa de la enfermedad, muy larga, para salir vivo de sus zarpas; muy corta, para achacarle mutación tamaña?... Ello es que el pintor, conforme le retoñaba la salud, y con ésta su aletargada madurez de juicio, reconocíase distinto de ellos y con más de una superioridad que á nadie sino á sí propio confesábase. Las teorías del grupo, su manera de aceptar la vida y de llevarla á cuestras tan satisfechos, le despertaban añejas ideas de su fábrica que pugnaban con éstas que él se aprendió de memoria y practicó por tanto año reputándolas lo mejor de lo bueno. Hoy, nó; hoy, algunas, inspirábanle iras que á duras penas ahogaba; otras, asco, y todas, absolutamente todas, una conmiseración suprema, de sér superior de verdad, á quien contristan y apenan los males irremediables de sus semejantes. ¿Por qué mudanza tal, si durante la enfermedad, su razón, antes que iluminarse permaneció aletargada en los limbos de la fiebre?... El fenómeno, si estaba ahí, noche á noche, con cada palabra que decíanle, con cada teoría que le sustentaban, en los rostros que veía y en los ademanes que contemplaba; rostros, ademanes, teorías y palabras que se quedaba considerando aun después de partidos sus amigos, mientras él desnudábase despaciosamente y más despaciosamente conciliaba el sueño. De fijo se hallaba en presencia de una crisis anormal digna de estudio reservadísimo, para no herir ni lastimar á nadie, si con terceros consultábalas. Al fin y al cabo en algo había de parar, ó quizá en nada, en tonterías de convaleciente que luego, ya del todo sano, no vuelve á recordarlas sino para reír de ellas y de sí mismo.

Una mañana, Cisneros licenció á la religiosa, con buenas palabras por vía de pago, y promesas de ocuparla muy en breve, por vía de gratificación, explicándole á Salvador que esas santas mujeres no cobraban ni un centavo, que admitían cuantas limosnas dábanles espontáneamente, y que si ni éstas podía dárselas, se marchaban con igual conformidad, no á descansar ¡quía!, al lado de otro enfermo, cuyo mal no las preocupaba, ni los contagios, ni los sexos; en ignorada y perpetua abnegación, retando á la muerte, la cual, ni cuando á ellas por remate las ultimaba, las arredraba en lo mínimo.

—¡Hermana!, ¡hermana!—le gritó Salvador;—¡óigame Ud. un momento!

Regresó la religiosa á la vivienda del artista ya en pie y con ligero color en sus mejillas, y lo miró con extrañeza.

—¡Hermana, por favor, llévase Ud. un recuerdo, lo que le agrade de mi pobre estudio!...

—¡Ya lo llevo, ya!—le repuso la religiosa, partiéndose de nuevo con risa de niño,—el alivio de Ud. y la esperanza de que también cure de todas esas cosas que habla contra la Iglesia, esas telarañas que le empañan la vista y le ofuscan el sentido...

—Nó, si éstas son así—terció Cisneros, que por encontrárselas á menudo en los lechos del dolor y de la muerte, y saber cómo se comportan durante y después del peligro, refa á su vez del asombro pintado en la cara de Salvador.—Éstas son así, según Ud. lo ve y lo oye... ¡Nos humillan, artista, nos humillan, á pesar de nuestras palabrotas y de nuestros pantalones!... A otra cosa, que también yo me despido, quiero decir, como médico, pues como amigo me ha de tener por acá con mayor frecuencia de la que apeteciera, ¡se lo apuesto!...

—Pues, señor, ¡día completo!—exclamó Salvador abrazando estrechamente al galeno.—Y á Ud., ¿con qué le pago, á ver?...

—¿En serio, pretende Ud. pagarme?...

—¡No había de pretenderlo, doctor, con el alma y la vida!

—Ni vida ni alma exijo, ¡al contrario! Págueme usted con pinceles, pintándome algo, y quedamos á mano. ¿Se acepta?...

¡No que no! En el acto principiaría el cuadro; asunto libre y «verdad», sacado de su caletre y de lo que sus ojos habían visto en la fiebre... asuntos extraños, que ahora, de nuevo en salud, de ellos dábase cuenta y aseguraba que valían la pena.

—Le advierto que tendrá quehacer para rato—insistió Cisneros maliciosamente,—porque Julián va á cobrarle en parecida moneda...

—Ya sé, ya sé—replicó Salvador risueño,—anoche hablamos de eso.

—¿Hablaron, eh?... ¡Mejor!... Pues nada, amigo Salvador, á trabajar, que hoy queda Ud. dado de alta.

Covarrubias, en efecto, habíale hablado la víspera en el propio sentido cuando Salvador, porfiadamente, quiso averiguar de dónde salieron los elementos para asistirlo y mantenerlo. Las cuentas resultaron claras: el médico, nada cobraba ni cobraría; era amigo de Covarrubias y muy dado á estos rasgos, no porque se hallase en condiciones de afrontar larguezas tamañas—el hombre andaba á los principios de la clientela, y la parienta y tres crios, con ser ella hacendosa y ellos todavía pequeños, comíanle medio lado,—sino porque era bueno de veras y por los artistas se perecía, así fuesen éstos coristas de zarzuela. De consiguiente, al facultativo debíasele: cero, cero. A la re-

ligiosa, por mejor decir, á la superiora ó lo que fuera, de la congregación, se le habían allegado cinco durillos.

—No es caro, ¿verdad? Tú ó yo los habríamos reclamado diarios... Con que llevamos, pesos, cinco...

En la farmacia se debía un dineral, unos quince ó veinte pesos lo menos, que, por fortuna, eran pagaderos en abonos mensuales. Covarrubias también cultivaba amistades con el dueño:

—... un chico que hace versos y que vendrá á visitarte—añadió á guisa de recomendación.

Por lo que á los alimentos miraba, Covarrubias, que hubo de abandonar su fonda, su «Mundo de Colón», ajustó ventajoso trato con la «casera», á la que no se debía ni un ochavo; pero sí parecía indispensable y urgente pagar lo suplido por el novelista y los veinticinco ó treinta pesos pormenorizados:

—Y atento que tu capital en tu paleta radica, de tu paleta habrás de extraerlos pintando todo el santo día cual antes pintabas, y yo me encargo de ir dando salida á los cuadros, que me sobran conocimientos y relaciones. Tú pintas, yo vendo, y al final liquidamos, á fin de ahorrarte pudores; conozco el género, y de ese pie cojee yo mucho tiempo... ¡Ah!, se me olvidaba, detrás de tu «Quijote», en el estante chico, te encontrarás cuatro cartas de Evangelina que ya puedes leer sin riesgo, aunque te anuncien pestes y rayos... Ahora, á trabajar como los hombres, á libertarnos de deudas, y cuidado con pillar otro tabardillo, ¡pues sólo el Nuncio vendría á atenderte!... Mañana se acaba el congreso nocturno, yo pronunciaré el discurso de clausura.

Se marchó tan campante, dejando á Salvador sin habla de pura emoción, por comprender demasiadamente el plan de su amigo: después de haber ayudado á que curara del

cuerpo, quería ayudar á que curara del espíritu, sin palabrerías ni vanos alardes, noblemente, aconsejando el trabajo, estimulándolo con el pago de la fiaca suma insoluta, á la que prestaba proporciones de montaña para que su prédica se justificase; plan que al siguiente día, con el pedido de Cisneros, resaltaba en toda su elevación. Cisneros y Covarrubias, coligados, intentaban el salvamento del artista que palpitaba dentro de Salvador y que desde antes de la dolencia conjurada venía muriendo de lenta muerte tristísima, ahogado en alcohol, herido de envidias y ruindades, mártir de mil y una miserias ante las que había doblado las manos y dádose por vencido sin ensayar la lucha.

Con las primeras pinceladas—pues Salvador se puso manos á la obra con la más sana intención y los más rectos propósitos,—empezaron á apuntarle reacciones que no aguardaba tan pronto. Desde luego, gran apego al trabajo, cual si no lo hubiese interrumpido ni descuidado; después, sin fin de asuntos que le dormitaban en la mente, los trasladaba al lienzo con facilidad grande; ¡naderías, concedido!, mas naderías que se disputarían en el mercado anémico de la capital, á causa de su sinceridad y belleza: escenas de campo, de los campos de su niñez, que brotaban una tras otra; tipos de su tierra, arrieros, caminantes, recuas, ganados en sus dehesas, rediles habitados ó desiertos, sus montañas, su río; hasta fragmentos de su solariega casa: el corral para los corderos, la troje con su cruz, la fuente de piedra sombreada por dos naranjos; la mismísima solana con su corredor amplio y florido, arriba, donde sus viejos solían calentarse durante los inviernos crudos de la sierra bravia, que, á modo de magnífico telón de fondo de un teatro enorme, limitaba la heredad por su frente, para en sudario transmutarse cuando nieves y pedriscas en sus picachos se instalaban... Pintaba Salva-

dor, sin descanso, cuadros pequeños que Covarrubias iba vendiendo á precios muy razonables, según su decir:

—¡Anda, Salvadorcillo, pinta más, hijo, pinta más, que si así seguimos, pronto dispondrás hasta de ahorros que te permitan consagrarte á tus cuadros grandes!

¡Más que de la resurrección de su carne, admirábase Salvador de la de su espíritu! ¿Pues no tiraba ahora hacia los caminos antiguos, los que de su comarca montaraz pintaba, los que de niño había recorrido su alma y hacia los que también, su pensamiento por lo menos, se le escapaba de los tejidos del cerebro, por entre los tejidos de la tela ya embadurnada se le metía, y para darle alcance tenía Salvador que interrumpir la labor, y corre que te corre, no parar sino en los tiempos idos y en las personas muertas?... Al alcanzarlo, con él posábase á gusto en los aleros de su infancia, como sus ojos expertos de artista posábanse á gusto en los aleros de las casucas y de la parroquia de su lugar, luego de revivirlas en los cuadros pequeños y sentenciados, desde antes de nacer, cual fruto de esclava preñada, á ser vendidos en cuanto nacieran.

Decididamente, la enfermedad habíale aprovechado, y la nobilísima idea de Covarrubias y Cisneros de despertarle las energías y vocación amodorradas, habíale repuesto, si no del todo, sí muy cerca del recto sendero. Ya no le atormentaba el que en cantinas y cafés lo despellejaran vivo, y frente á copas colmadas de cerveza lo diputaran artista de similor que no ejecutaría nunca cosa de provecho ni legaría obra que le sobreviviera; ya no rabiaba por que el gobierno estancara las fuerzas sanas del país por miedo á que si les daba suelta, en avenida implacable y justiciera convirtiérase y arrasara con toda la indignidad progresiva, con la avilantez de que gobierno y pueblo eran cómplices, á su modo de juzgar; ya no tronaba contra Dios y

sus santos, á los que dejaba que continuasen incrustados en las conciencias de las gentes sencillas y en las de los creyentes honrados; ya llevaba flores á la tumba de Emilia en los aniversarios señalados, y llevaba al correo largas respuestas cariñosas á su hija Evangelina, madre por segunda vez, y por la millonésima, nostálgica y desdichada en su salvaje rincón de Chiapas; ya al trabajar, cantaba, y no bebía el mismo número de copas que antes de encamarse; ya, gracias al contraído hábito en la convalecencia, recogíase temprano casi siempre, aunque una noche que otra se permitiese, en compañía de Cisneros y Covarrubias, oír la zarzuela en boga. Y lo más difícil, ya veía, sin añoranzas ni saudades, la ancha mole de la Academia de San Carlos, los horribles medallones de su fachada; ya hablaba con sus antiguos *comprofesores*, y en el estudio admitía á aquellos de sus discípulos que aún recordaban sus cátedras flagelantes, valerosas, vibrantes todavía dentro de la añosa escuela castrada por la burocracia imperante, en la que se llegó á enseñar el paisaje copiándolo de libros apolillados y extranjeros, en lugar de copiarlo de nuestra naturaleza soberana... Ya nada de eso importábale un ardite; ya no se encendía en discusiones, ni lo sacaban de quicio las doctrinas bárbaras ó los modernismos dislocados. Ya callaba en público, sin batallar, sonriendo á troyanos y á tirios, de los que se alejaba—por mucho que de tarde en tarde continuase tratándolos, y abrazándolos, y tuteándolos como ayer,—más cada día, en espíritu y en ideas, insensiblemente, paulatinamente, necesariamente...

No se reputaba bueno, sin embargo; y á medida que la Justicia y el Derecho instalábanse de nuevo, en sus adentros, reconocíase con una obligación imperiosa, difícilísima de cumplir. No acertaba á confesarse á sí propio cuál era la tal obligación, por más que en su mágica la deletreara en

tanto pintaba las cosas de su tierra. Resistíase á declararse culpable, en virtud sin duda de lo que se suponía haber padecido á causa de los otros, sus compañeros, amigos y allegados. Precisamente porque sentíase tan á gusto dentro de su papel de víctima, esforzábese por no pasarse al de victimario, é inventaba serias preocupaciones que se ponía á determinar interrumpiendo su quehacer, guardando sus pinceles en el florero de porcelana japonesa, apoyando el tiento en el caballete y quedándose las horas metido, adrede, en otros vericuetos que le alejaran el pensar del abismo ése que muy poco á poco iba ensanchándosele en la conciencia. Poníase á discurrir sobre las causas de su actual indiferentismo, de aquel su completo renunciamiento á lo que antes de enfermar, tanto le preocupaba y afligía. Con deliberado propósito, internábase en las selvas de la cuestión social—diz que para prepararse mentalmente á la terminación de su gran cuadro esbozado en el lienzo,—ó, siempre bajo el mismo pretexto, y si en lugar de encontrarse á solas en su estudio, se encontraba de charla con Covarrubias y Cisneros, se ponía á discutirlo con tenacidad de apóstol y extremos de libertador á quien no amedrentan consecuencias ni reconoce obstáculo ó peligro que le ataje el discutir y publicar lo que considera infalible remedio.

—¡No es que ya no se me importe del porvenir de nuestra tierra y nuestra gente—les afirmaba,—y si así lo dije, dije mentira; que conforme más me reconcentro y aislo, mejor estudio el negro problema de lo que será de ambas, problema negro por culpa exclusiva de nosotros, y que si yo creyera en maldiciones y anatemas, á anatema ó maldición atribuiría la causa! Yo vengo de muy lejos ¿qué se creen Uds.?... Soy un aragonés de origen, de los que por sí solos valía cada uno lo que un rey vale, y reunidos, más que las potestades y que los tronos. ¡Sí, sí, no reirse!... Yo

llevo en mi sangre grandes fueros, en mi cerebro la concepción exacta del Derecho, y en mi corazón un amor inextinguible á débiles y desamparados... ¡Sí, soy un nieto del Quijote!... ¿No ibas á echármelo en cara, Julián?... ¿no siempre me sales con la misma?... Todos los que de españoles descendemos, Quijotes somos, no tiene quite; sino que en ocasiones, más aprecio hacemos de Sancho Panza, que de lo que prescriben y ordenan los libros de caballerías... Y como vine á nacer en México, donde por desgracia para el castigo somos *sanchos* y para el lucro *panzas*, panzas insaciables y sin pizca de jugos gástricos, digo, de sentido moral, pues...

El novelista y el médico no le consentían seguir adelante; tapábanse los oídos, fingían taparle la boca, y los tres concluían riendo.

—A veces sí que lo creo á Ud. Arteaga y Quijote... por lo que disparata—decíale Cisneros, que gustaba de su habla pintoresca y agresiva.

Salvador enseriábase, hacía á un lado la broma, y entraba de lleno en el desarrollo de su tesis.

—¡No, doctor, permítame!... Ud. es como este Julián, de los que juran que nada de provecho podemos esperar de nuestro pueblo, ¿no es cierto?... Y mirando el asunto á la ligera, cualquiera declararía que se hallan Uds. en lo justo. En efecto, ¿qué esperar de nuestros ilotas, si apenas saben leer, si no se bañan, si malgastan el jornal y apalean á la hembra; si por su alcoholismo, engendran epilépticos; si ignoran el ahorro y las leyes que los protegen; si en nuestras luchas son carne de cañón, y en nuestra paz, ellas, flores de fango, y ellos, casos clínicos y carne de presidio, cuando no de la horca?... Pues yo le aseguro, doctor, que si les estudiaran las entrañas, á pesar de las lacras detalladas y de otras que no mencioné, resultarían mejores, un

millón de veces mejores que nosotros los de las clases educadas y *dirigentes*... ¡no puede Ud. figurarse la gracia que me hace eso de *dirigentes*, vale oro!

—Pero terco de mis pecados—terciaba Covarrubias,—puesto que de almas hablas, ¿por qué no confiesas que en el alma crees, y te pones á curar á tanto enfermo y necesitado, luego que hayas sanado tú? ¡Mi doctrina la conoces, y Ud. también, Cisneros! En el fondo, éste (*por Salvador*) no carece de algo de razón en lo que con tanta vehemencia va asentando, ¡á cada cual lo suyo!... de lo que carece es de consecuencia consigo mismo. Si lo que nos cuentas lo crees á pies juntillas, ¿por qué no entonas un *mea culpa* que hasta las piedras lo oigan, y te pones, tú á la cabeza, á cumplir con ese deber del que te has descuidado al igual que nosotros? Declara que has andado por extraviadas sendas y que ahora principias á vislumbrar la salud; no culpes á gobiernos ni á esas clases dirigentes que tan grande risa te provocan porque así se apellidan, cúlpatelo á tí, que contaminado de la nacional dolencia, te la has dejado enraizar y crecer hasta su límite. Declara que tal dolencia, perfectísimamente bautizada de dolencia nacional, no reconoce más causa ni otro origen que la falta de ideal de que todos, en mayor ó menor grado, padecemos: tus ilotas, tus dirigentes, tus gobiernos, tus ricos, cuantos poblamos este pedazo de planeta, por lo que allá vamos, sin fe ni principios, como inmensa piara de cerdos, miserables, arrastrándonos, enlodándonos, con glotonerías bajas, con miradas bajas, con las cabezas bajas, gruñendo de satisfacción inmunda mientras más nos hundimos en nuestras propias porquerías y en las ajenas... ¡no me interrumpas, que ya concluyo!... Mira á tu alrededor, lee, pregunta, reflexiona y descubrirás ¡sin una sola excepción! que las naciones poderosas, los pueblos grandes, las figuras históri-

cas han creído en algo, que todos se han arrodillado, que á todos los guió, ó los guía, alguna fe, algún ideal; ideal y fe de que nosotros carecimos siempre, á partir de la Conquista—nuestro punto inicial,—pues está averiguado que con la quema de las famosas naves cortesianas se quemó también la fe de los conquistadores, y en substitución de ella sólo nos legaron esto de que sufrimos, sin saber á las derechas cómo se llama ni dónde lo llevamos escondido; la llaga oculta que en ocasiones nos fuerza á llorar de dolor, porque nos duele, ¡vaya si nos duele, como pueblo y como individuos!, y en ocasiones nos fuerza á ocultarla más, de los extraños, para que no nos descubran la gangrena que nos roe y nos roe, segura de que nunca intentaremos atáárnosla siquiera... ¡Un momento, Salvador, no hables!... Conque, y aquí corto el hilo, hijo, pues tratar de convencerme es prédica en desierto; el doctor y yo te concedemos toda la razón ¡fíjate, toda!, pero á la vez te hacemos esta simple pregunta: ¿Te crees inmune tú? ¿te declaras libre del contagio? ¿el único sano del país? ¿te hallas á mano con tu conciencia ó deberás, por lo pronto, perfeccionarte tú y luego venir á perfeccionarnos á los demás?...

Ahí dolíale á Salvador, ahí, en esa conciencia que Covarrubias sacaba á relucir tan inoportunamente en todas sus discusiones con el pintor, que doblaba el pico abrumado y, ó daba la callada por respuesta, ó de él separábase, más que amohinado, melancólico y vencido.

Como otro tanto acaeciérale cuando por encontrarse á sus solas no podía enzarzarse en tales disputas, y sin embargo esa misma conciencia implacable le torturaba pianísimamente—al modo de la campana maldita del «Jardín de los Suplicios», que para matar á la víctima yacente bajo su concavidad, maniatada é inmóvil, comienza con estruendosos toques que parten el cráneo, que se apagan

luego, se apagan hasta no ser sino soplos del bronce inquisitorial que extinguen la vida del supliciado,— Salvador, al fin, resolvió poner término á su remordimiento cumpliendo con la imperiosa obligación que nadie instábale á cumplir, que muchos habrían olvidado ya, que muchos ignoraban. Sí, debía una reparación á Carolina, la virgen amante que en sus brazos de burlador, dejó de serlo; de buscarla tenía, de descubrirla, de pedirle perdón y darle lo ofrecido: ¡su sostén y su nombre! Decidirse á ello y sentirse aliviado, fué todo uno. A Covarrubias contó su resolución, reclamando de él parecer y ayuda:

—¿Qué opinas?...

—¡Que Dios se ha acordado de ti y por segunda vez te rescuita! Sanaste de la fiebre y ahora sanas del alma...

—¡Pero Julián, que seas místico á ese extremo!...

—¡No, si ahora el místico eres tú!—le replicó Covarrubias sonriente.—¿Por qué, si no, cedes á una imaginación pueril? ¿qué ley te obliga á reparar un daño mínimo y sabroso, que por lo general se apiacude y envidia? ¿acaso creerías ya en...?

—¡No me busques la lengua, Julián, ni me hieras en mi vanidad!... ¡No creo en nada, nó! ¡todavía nó! Pero si vieras mis noches, si te contara mis soledades...

En sus noches, el sueño huía porque lo que en un principio por reminiscencias diputara y que bautizaba hoy de remordimiento liso y llano, luego de haberle visitado el pecho y azotádole el corazón, en la cabeza se le entraba. Intentaba desecharlo, lo intentó, mejor dicho, en las primeras noches de su alivio completo—cuando ya la religiosa habíase ido y tornado él al desamparo de su vivienda, á la compañía única de su zentzontle y de su gato, que, á tales horas, no daban señales de vida,— lo intentó con engolfarse en la lectura de sus autores predilectos, de sus

libros más preciados, y una de dos: ó no entendía lo que mecánicamente iba leyendo y que en tantas ocasiones anteriores tuviérale suspenso y embargado, ó todo lo que leía, previo ligero arreglo mental del que no se enteraba casi, trocábalo en alusión, en consejo, en reproche de lo que él era y de lo que tenía cometido. Lentamente apartando sus ojos de las páginas impresas, contra sus esfuerzos de voluntad, clavábalos en su conflicto sentimental con Carolina, quien, ignorada, ausente, al través de los años transcurridos le llenaba la casa con mayor imperio y anchura que la pobre de Emilia, muerta y enterrada; cual si Emilia, con la que cumplió en el noviazgo y en el existir conyugal, á causa de su misma muerte reconociera que ya nada exigía su presencia en la mente del viudo; y muy quedo, tras su fugaz aparecimiento impreciso, le abandonaba el campo á la otra, á la pecadora de amor, la doncella confiada y crédula que Salvador había inmolado sin más derecho que el primitivo y salvaje de que el macho estupre á la hembra con el fin de que la especie que nace se multiplique y crezca despreocupada de los vínculos sanguíneos, de parentescos, de pudores, de las inmoralidades, abusos y violaciones que la propia especie, segura ya de no extinguirse ni de tener que apelar á aquellos medios, viene inventando y respetando para que el mayor número de criaturas sepa quiénes fueron sus padres y por ambos nutra el doble afecto filial de respeto amante al padre y de idolátrico culto á la madre, en premio á que ésta sufrió más y gozó menos; en premio á que con el hijo compartió, antes de nacido, de su sangre y de su carne; en premio á que por tal que el hijo se asome á la vida, ella asómase á la muerte, en cada parto... Y él, Salvador, á las claras veía en la tiniebla de su estancia, sólo truncada por sin fin de cigarrillos que encendía y fumaba ince-

santemente, veía á las claras que Carolina había concebido; que hasta donde le fué posible, ocultó como delito lo que todas las madres, dentro del matrimonio, como galar-dón lucen; que la habían expulsado del trabajo, sin meterse á esclarecer quién ni en qué circunstancias habíala despojado de su virginidad, culpándola *a priori* y brutalmente, con este masculino criterio nuestro que nunca perdona á la virgen que cae, entre otras cosas, porque no cayó con nosotros sino con un tercero; culpándola con el criterio social, más cruel aún porque lo informan adulterios, vicios, hipocresías... Salvador veía á Carolina expulsada del trabajo, veíala maldecida del pobre anciano paralítico, veíala pensar en su propio aniquilamiento, en el infanticidio, llamando á las puertas de la locura, aguardando en su dintel á que le abrieran, y de aguardar cansada, ir y meterse en la ancha puerta de la prostitución, siempre abierta de par en par con objeto de que no haya tiempo de reflexionar en que es malo el transponerla... La veía olvidada del hijo que todavía no nace y del amante que huyó impune y ha de andar por ahí, tan tranquilo, en perpetua cosecha de aplausos siempre que detalle en corro de amigos bebedores los ocultos encantos de la chica guapa que se creyó de promesas...

—Entonces—seguida Salvador contando á Covarrubias,— como demencia me entra, salto de la cama y quisiera ir á rescatarla al sitio en que se halle, sea el que fuere; y al salir á la azotea, al volver en mí con el cierzo de la noche y con la placidez de lo infinito, inmovible frente á nuestras miserias y flaquezas de hormigas ponzoñosas, aunque recupero el sentido de lo real y me convenzo de que todo lo baso sobre suposiciones antojadizas, continúo melancólico sin embargo, insomne, paseando en la azotea hasta que el viento y el frío me hacen echar de menos el sabroso ca-

lorcillo de mi catre; y si es verdad que al fin me duermo, al despertar, y con estas ó aquellas variantes de que ahora te hago gracia, el torcedor me reaparece, durante el día, y en la noche, á mis solas, ahí tienes de nuevo esta condenada alucinación que está volviéndome orate.

A los comienzos, la calificó con nombres diversos; no la conceptuaba remordimiento, sino debilidad cerebral, romanticismo, quizá, quizá unas miajas de deseo y de cariño por la pobre muchacha, que, Dios sabe en cuántos atolladeros se habría encontrado. En confirmación de esta última teoría, notaba Salvador que lo que únicamente sacábalo de quicio era suponer á Carolina en brazos de otro.

—Monstruoso, ¿verdad?... ¡Pero así es! Caso que por mi culpa se haya echado á la calle de en medio, prefiero suponerla en brazos de todos que en los brazos de uno solo... ¡Me duele menos!

Mas conforme fué ganándolo el convencimiento de que debía reparar el mal causado; conforme prometfese hasta remover las piedras con tal de hallarla, convencimiento y propósito lo aliviaron del alucinamiento, de la implacable persecución de su víctima, que se limitaba á desterrarle el sueño, á interponérsele sin exigir reparaciones ni enrostrarle olvidos, muda, irreal, fugitiva.

—De ahí que haya yo creído, mi querido Julián, que es mi conciencia, mi conciencia solamente la que me impele á la reparación, la que marca el deber y hacia el deber me empuja; pues bien mirado el caso, Carolina puede haber muerto ó no parecer nunca, nunca, aunque la busque por debajo de la tierra.

Una de las causas que estorbábale principiar la busca, era la escasa venta de los cuadros pequeños que poco há vendíanse á precios aceptables. ¿Por qué había cesado la

F. GAMBOA

demanda? ¿por qué ya ni el mismo Covarrubias lograba darles salida á precio ninguno?...

—Tú me lo has dicho, que hay que aprovechar las excursiones de yanquis que de tiempo en tiempo nos inundan comprándolo todo, encareciéndolo todo, mercantilizándolo todo. Tú me has dicho que convendría variar de mercado, «hacer los Estados, los pueblos,» según los viajeros de comercio denominan sus correrías provincianas... ¿No me lo has dicho?...

Ante el asentimiento mudo de Julián, más descorazonábase Salvador de su arte y de su medio. No sabía sino pintar, ya no era época de ensayar industrias nuevas ni empresas distintas. De sus pinceles comió hasta entonces y no era cosa de que ahora se los comiera materialmente ni de sustento los ofreciera á nadie.

—¿Sabes—decíale á Covarrubias en piana entonación de quien confiesa actos infamantes—que ya empecé mi descenso como artista, el cual me resulta más doloroso, ¡oh, pero mucho más! que mi descenso como hombre?... Pues, sí, anteayer estuvieron á pedirme una tabaquera con pintura obscena en su interior y una tabla que imite pintura antigua: don Enrique el Doliente ó doña Juana la Loca, que para el caso es igual, todos son fraudes, fraudes que un artista que se estima no debiera nunca llevar á cabo... Y aunque me absuelvo, achacando la condescendencia á este anhelo que me embarga por reparar el daño que causé á Carolina, no creas, hay veces que más me recuerda perder mi dignidad de artista que el haber perdido á aquella muchacha... ¿Te parece inmoral?... Conste que yo no te afirmo que moral sea; concréteme á detallarte «mis estados de alma», como ustedes los llaman, á fin de que si algún día escribes mi biografía, cargues la mano en estas atenuantes.

RECONQUISTA

Al llegar aquí, que en el alma tocábale de verdad, lo mismo que se hallaran en el estudio que en la calle, Salvador narraba á Julián su tormento ignorado; suplicábale que lo sacara á luz en sus libros; declarábase vencido, humillado por la suerte, sin esperanza de volver á levantar cabeza ni de dar cima á su intento de redención. Narrábale desde ese anteayer en que la propuesta de defraudar á los pseudo-inteligentes ó de halagar á los libertinos habíale sido formulada por labios expertos, y aceptada por los labios cobardes de él, que no osaron una negativa sin apelaciones, que dijeron que sí, desde luego, prometiéndose para más adelante—de la manera con que nos proponemos todos el regreso y la definitiva permanencia en la línea recta, cuando conscientemente de ella nos apartamos sabiendo que obramos mal,—repudiar á esos hijos espúreos de su inteligencia violada por la hambre, no reconocerlos por suyos, y al cabo de los meses ó de los años, si lograba evadirse de esa especie de presidio, ni más injusto ni más cruel que todos los presidios, resurgir á la luz y á lo libre, pintar lo que se firma con la convicción de haber hecho lo grande que va dentro de nosotros y que es menester «parir con dolores», cual la Biblia ordena y la naturaleza exige que hayan de parir las madres.

—Verás cómo fué la cosa...

Concluidas las economías y sin probabilidad de vender el último «charro» que se aburría en el caballete, urgido de unos cinco pesos descolgó la sola laca china (prodigiosamente escapada de la echazón al agua que padecían las curiosidades de su estudio durante estos vendavales que venían abriendo rumbos en los costados de la barca de su vida), y al atardecer de la antevíspera enderezó sus pasos—oprimiendo la laca bien envuelta,—á la íbera casa de

préstamos de la 2a. de la Pila Seca, en donde hasta de los barrenderos era conocido.

—Y admirate, Julián, me dieron los cinco pesos sin guardar la laca, suplicándome que volviera después de las diez de la noche, cuando ellos cierran...

El proyecto que los empeñeros le desarrollaron, era vasto y mañosamente urdido; denominábanlo «el timo de la antigüedad», y timo legítimo venía á ser, en efecto; nada menos que vender tablas y cuadros pintados al óleo é imitando las facturas viejas ¡hasta la escuela sevillana de los siglos XIII y XIV!, á los ricos ignorantes y á los enriquecidos; á los que hoy ó mañana, por un tumbo de dados, entrarán en la falange de los adinerados que por prestarse un barniz de cultura, y de oídas sabedores de que la manía de las antigüedades, hordos refinamientos acusa, andan á caza de ellas sin distinguir de firmas ni méritos. En la rebotica y bodegas de la casa de préstamos, había algunas de valer positivo en el ramo de abanicos y porcelanas, sobre todo, no comprendiendo Salvador por qué intuición genial podían justipreciarlas los bárbaros astures sus propietarios. Muebles había también, alhajas, mas como la demanda manteníase firme á favor de biombos y cuadros, de cuadros particularmente, acudían á Salvador, porque aun cuando con liberalidad pagaban á tres de sus colegas—cuyos nombres callaron en prenda de sigilo,—no daban abasto á solicitudes y pedidos.

—Para acallar mis escrúpulos y pudores—Salvador seguía narrando á Covarrubias, que interesadísimo escucháballo,—periódicos en mano me demostraron que es ésta una industria muy socorrida en Europa, que permite vivir con desahogo á gran golpe de artistas que ni pan probarían si con sus nombres firmaran sus cuadros... en los Estados Unidos produce un demonial de dólares, calcula

que han vendido, no ya á particulares, nó, á museos principalísimos con peritos calificadores y todo, cualquier Pérez ó Machuca, por Sebastianes del Piombo y Zurbaranes y Velázquez de veras... Me enseñaron sus libros, y aquí, en México, descontadas comisiones de corredores y tantos por ciento de pintores, en unos tres años que el negocio lleva de establecido, se han embolsado sus seis mil dures ¿te cabe en el juicio?...

—¿Cerraste trato ya?—preguntó Covarrubias. Y ante la silenciosa afirmación de Salvador que miraba al suelo, Julián se encogió de hombros, murmurando:

—La culpa es de nuestro atraso y de nuestra ignorancia presuntuosa. ¡De nada sabemos jota y todo aparentamos saberlo!... Por supuesto que aunque inteligente y en cierto modo justiciero, el tal negocio es una indecencia. ¡Lo que siento es que te hayan metido en él y que mañana se aclare tu estafa—porque estafa es, ¡conste!—cuando no te sea dable redimir tu honradez y tu nombre de artista ¡eso sí que lo siento!... Por lo demás, estoy tentado de ir á estrecharle la mano á ese pillastre que tan bien sabe explotar las vanidades humanas; no es un ente vulgar... ¿Cuántos cuadros te han comprometido á pintarles y cuánto ganarás por cada uno de ellos?... Prefiero que continúes pintando tabaqueras obscenas ¡obscenísimas!, ó que pintes rótulos de tiendas, programas de circo de arrabal, muros de pulquerías, á que te conviertas en matutero de tu arte y en ladrón de la gloria de los maestros...

—¡Julián, eres severo! ¿Qué quieres que coma? ¿pretendes que me encaramé en andamios á dibujar mascarones, ninfas y guirnaldas para «La Siesta de los Dioses» ó «La Vuelta del Judío Errante»?... Sobre todo, dije que sí, y habré de pintarles, por lo menos, la tabla que ellos mismos me proporcionaron, apollillada y vieja... En cambio,

F. GAMBOA

te doy mi palabra de que nunca volveré á flaquear ni á encanallar mis pinceles ¿te basta?..

La tabla la pintó, y como el logrero le aumentara la paga convenida, sin decir nada á Covarrubias pintó otras dos.

La semilla, ó lo que fuera, que al echar raíces dentro de su sér moral impelíalo á la reparación con fuerza mayor cada vez, poníalo fuera de sí precisamente porque era la más fuerte y porque no entendía de subterfugios ni distingos; lo que exigía, exigíalo imperiosamente, sin importarle que Salvador se encabritara ó se opusiera. A modo de polizonte entendido y prudente, á quien se ha recomendado no perder de vista á un sujeto que no debe ser aprehendido todavía, así el remordimiento, ó el romanticismo, ó su debilidad cerebral seguíalo por todas partes y en todas partes, juntito á él instalábase, resuelto á no dejarlo escapar. Por huir de la obsesión dió principio á la busca, ora anhelante de que Carolina no pareciese, ora deseando honradamente encontrarla y llevársela á la desmantelada vivienda de él, á su estudio polvoso y trunco, seguro de que con la presencia de ella todo cambiaría, hasta él mismo, tan necesitado de alguien íntimo que de verdad lo quisiera no obstante sus imperfecciones y defectos, su acercamiento á la vejez prematura de los viciosos, su pobreza y su genio. Y le extrañaba no pensar jamás en la posibilidad de que Carolina lo rechazara, y con razón sobradísima; pensaba cualesquiera otras enormidades: que se hubiese muerto, que se hubiese casado, que se hubiese prostituido; pero pensar en que lo rechazaría, no lo pensaba, antes creía que Carolina perteneciale por siempre, á partir de la noche en que, ciega de cariño, se le entregó sin reparar en nada ni en nadie, á unos cuantos pasos del pobre viejo enfermo que se perecía por su hija. Tan á lo

RECONQUISTA

vivo resurgía la noche aquella y las en que él acompañaba hasta la esquina de su casa, y las que pasaron amorosamente cuando novios, que Salvador volvía á sentir entre los labios el dulce dejo de sus besos. Por pronta providencia, dirigióse á la morada de don Florentino, ansioso de saber el paradero de la chica:

—¿El señor licenciado Moralba?..

La portera miró á Salvador con extrañeza, sin dejar de soplar la lumbre de su brasero. Salvador repitió el nombre, agregó detalles:

—El señor que vivía en aquella vivienda; un señor muy enfermo y viejo ya, padre de una señorita guapa, llamada Carolina, una señorita alta, de ojos negros, que trabajaba todo el día, en la calle...

Allí no vivían personas de esas «señas» ni de ese «apelativo». En la vivienda apuntada vivía un señor Quintana, que tenía carros y no tenía hijas grandes.

—¿Y la familia del señor Díaz de Posada, un cubano que habitaba la vivienda de enfrente?..

Tampoco vivían allí, ni la cerbera conocíalos; ahora ocupaba tal habitación un coronel, ó capitán, con tres «niñas»; una, que parecía su mamá; otra, su esposa, y otra, ¡sabe Dios!..

—¿Pues cuánto tiempo lleva Ud. de portera?..

—¡Ya no contestes, tú!—ordenó una voz hombruna, de los interiores del cuarto.

Lentamente se marchó Salvador, mirando con contrariada insistencia la casa de ese Quintana, en que Carolina le ofrendó la flor de su virginidad y la miel de su cariño. Las vidrieras del corredor, veíanse iluminadas; oscura la de la sala; en el corredor ya no había macetas; en cambio, oíase, adentro, rumor de chiquillos que ríen y juegan.

Rabioso, por lo infructuosa que le resultaba, siguió en la busca. Estuvo á tomar lenguas en la fotografía donde Carolina trabajó por tanto tiempo, casi cierto de que ahí sí que lo sacarían de dudas; de que ahí tropezaría con ella y juntos saldríanse, como en los muchos atardeceres en que él aguarbábala apoyado en la verja de La Profesa, y Carolina asomaba feliz y risueña, para marcharse lado á lado por la arteria principal, que, á la hora del cierre de tiendas cuyos escaparates permanecen atestados de géneros, abrasados con la luz que se derrama al través de sus grandes cristales por encima de las baldosas de la acera y del terso asfalto del arroyo, es cruzada por el vaivén de centenares de carruajes en lento desfile de satisfacción y de riqueza; cuando la gente de á pie estacionase frente á los aparadores encendidos, y los hombres, sobre los bordes de la acera, alíneanse en interminables y ondulantones cordones de curiosidad, envidia ó deseo; cuando en el rumor múltiple escúchanse risas y exclamaciones de contento, y la principal arteria ciudadana acusa la vida intensa de la metrópoli, y hasta evoca, momentáneamente, centros más populosos y cultos, vidas más intensas de latitudes muy distantes...

En la fotografía fueron explícitos y concisos, probablemente porque ya se iban los empleados y maldito si les hizo gracia aquel preguntón mal trajeado, que les prolongaba con el interrogatorio la jornada de encierro: la señorita Moralba habíase separado de la casa hacía lo menos un año; y nó, no sabían ellos dónde pudiera encontrarse, ni dónde viviría; no sabían nada, porque no habían vuelto á verla en parte ninguna. Y en medio de la puerta lo dejaron plantado, mirándolos que se marchaban satisfechísimos de haber obsequiado á aquel desconocido con un puñado de noticias negativas y desconsoladoras.

De aquí nació el loco empeño de Salvador de hallar á Carolina; de aquí nacieron sus propósitos de recorrer completa la enorme ciudad, calle por calle, casa por casa, piedra por piedra; de salir de ella, á ser preciso, y peregrinar por todas las ciudades y por todos los pueblos de la república entera. Empeño enfermizo, irrealizables propósitos que lo empujaban, febril y desatinado, á emprender las caminatas que siguieron al desahucio de la fotografía. Sí hería su atención, en los momentos de análisis lúcidos, que tales propósitos y empeño asaltaránle ahora que no había esperanza de dar con la chica, y no antes, mientras él titubeó, mientras no decidióse á esta busca reparadora, de rendición y premio.

Fatigado del esfuerzo físico de tanto andar y andar estérilmente, triste tornaba á su altísima morada, á su polvoso taller trunco, al reducido dormitorio descuidado en que «Obispo» y «Netzahualcóyotl» esperábanlo: el zentzontle, en su jaula y como decapitado, la cabecita bajo el ala; y el gato, sobre el catre, hecho un ovillo de grasa, pelo sedño é indiferencia.

Entonces, mal alumbrada la estancia, Salvador, hundido en el viejo sillón abacial, que aún conservaba gracias á que nadie lo había comprado por lo roto del tapiz y lo apolillado de la madera, clavaba su cabeza en las manos, y de considerar á Carolina, allá, quién sabe dónde, en el cementerio quizá, víctima de la infamia de él y con su deshonra á cuestas, ganas entrábanle de darse muerte en castigo de su injusticia. Todas las ideas sanas que á contar de su descenso y de su alivio retoñábanle en cerebro y espíritu cercándolo como yedras; las nociones exactas del deber, que á fuerza de desengaños venía adquiriendo; los apostolados á cuyo ejercicio creíase llamado, después de haber asomado á las simas de dolor y de miseria en que

yacen los humildes, el pueblo que él pretendía aliviar con su palabra y sus pinceles; las simas en que yacía él mismo, por su culpa, todo ello alborotábasele, por adentro, y lo obligaba á reconocerse delincuente, tal vez dañado para siempre. Y ahí, á sus solas, defendíase, inculpaba á los maestros que cegaron su sentido moral, al medio en que vivía, este México que rodaba peñas abajo sin que en su despeñadura atajáronlo los que podían hacerlo, él inclusive. ¿Por qué realizar la perdición de una mujer? ¿con qué derecho?... E imaginábase á Carolina yéndose también peñas abajo, ya que él, Salvador, habíale dado el empujón primero, el que nos hace perder pie y asir el vacío; los empujones subsecuentes, ya se los habrían dado los demás, todos, los hombres muy particularmente, sus compañeros de sexo y de maldad. Veíala repudiada, sin trabajo, sin pudor, hambrienta de justicia á los principios, y de pan luego, parando donde paran todos los desesperados: ¡en el fondo de los abismos!..., donde pararía él si es que no había parado ya; donde pararán las sociedades corrompidas, los pueblos incrédulos, las razas sin ideal, como la suya: en los pudrideros de los sepulcros y de las negociaciones... Muchas noches, sin más testigos que los lienzos de sus grandes cuadros inconclusos que en tiempos mejores brindáronle con el renombre y con la gloria; sin más testigos que los cuadros sin alma, pintados para continuar en el vicioso naufragio de sus purezas de artista, y las tablas ladronas y embusteras en que últimamente laboraba para saciar su hambre, muchas noches acabó por arrodillarse en demanda de fe que lo salvara, que le prometiera «algo» para después, para cuando él hubiese apurado los cálices de todos los sufrimientos ¡qué remedio!... pero lo importante era creer, ¡creer en la promesa! y esperar su realización...

A ese paso, Carolina seguía en la sombra y el misterio. De balde era que Salvador, guiado por su instinto y por secreta fuerza que lo impulsaba á no truncar sus pesquisas, confiara irrazonadamente en topar con ella, y en que el descubrimiento de la muchacha, por difícil y nada probable— ¡hallar una mujer desvalida en el medio millón de seres que pueblan la muy noble ciudad de México!...—traería aparejado el renacimiento de su fe. Por eso seguía buscando á la joven, con mayor brío según más se descorazonaba por su falta de éxito. ¡Mire Ud. que era andar lo que Salvador andaba!... La ciudad completa, que tanto recorrió en todos sentidos cuando su afán del cuadro que retratará su alma y su fisonomía moral, la ciudad completa volvió á caminarla y escudriñarla, palmo á palmo; volvió á saturarse de ella, á fijarse en sus encantos y atavíos, en sus lacras y cicatrices; volvió á asomarse á las calles céntricas, de palacios coloniales; á las vetustas y sepultadas diaconías en que los edificios nacidos al arrimo de los templos añosos, á los calores del culto y la liturgia, y á las esplendideces de los caudales eclesiásticos, conservan aún nombres de bienaventurados y de mártires, fisonomía monástica y sacerdotal, no obstante las reformas, reparaciones y ensanches edilicios; volvió á asomarse á las colonias modernas, de viviendas barocas ó endeables; á los bajofondos y arrabales pululantes de humanidad, en que fermentan, el pueblo de mañana hambreado de indemnización, recompensas y justicia, y las sociedades futuras, que, después de anegar la metrópoli y de arrasarlo malo que para ellas ha encerrado, se derramarán por el valle inmenso, y por las provincias vecinas, y por las remotas, en su expansión fatal, en su evolución inatajable, en su advenimiento de inconmensurable aurora roja de purificación y de castigo, primero, de amor y redención después...

F. GAMBOA

Y no hubiera podido saberse, con certidumbre, por qué Salvador, parado en una esquina de barrio silencioso y distante, á las tantas de la noche, abría los brazos, desesperado, y en el vacío agitábalos; pues lo mismo podía ser á consecuencia de que nunca daba con Carolina, que de infinita piedad por lo que tardaba en despertar y esperezarse ese Mar Muerto de las conciencias, energías y fuerza que roncaba ignorante y ebrio dentro de las pocilgas negras y cerradas, que, parecía se quejaban sordamente al través de las resquebraduras de sus paredes y sus puertas.

De estas peregrinaciones infructuosas que le acicateaban el anhelo—¡sincero al fin!—de dar con Carolina, vino á sacarlo el aviso de Covarrubias:

—¡He descubierto á tu novia-fantasma! La tienes empleada en la fábrica de ácidos de la Viga...

La propia tarde, en un simón encaminóse Salvador hasta las afueras de la tal fábrica, que se yergue sobre las aguas del manso canal enfermizo y glauco. Dentro del simón, púsose á observar el ingrato edificio que simula claustro pobre, mientras contaba los minutos que aún faltaban para las seis y contaba á par las respiraciones rítmicas de las calderas que lanzaban por los tubos de desahogo, próximos á la chimenea altísima, chorros de humo blanco evaporados á corta altura; respiraciones idénticas á jadeos angustiosos de persona muy cansada que implora descanso porque no puede más, kiries rogatorios á la chimenea altísima, apenas coronada de penacho de humo negro, que se acostaba en los aires y vaga semejanza prestaba al inmueble con barco monstruoso é insensible que sin piedad hacía los sufrimientos de su tripulación, bogara lentamente rumbo á sabe Dios qué fondeaderos de reposo y premio que no alcanzan á divisarse y á los que ignorara si alguna vez arribaría...

RECONQUISTA

A las seis, pitó el silbato; los jadeos de los tubos de desahogo se apagaron, súbitamente, y los obreros y empleados, vestidos de ropas burdas, de sombras que con el crepúsculo se adueñaban del conjunto, salieron en tropel, confundidos los hombres, las mujeres, los niños. Sólo la chimenea continuó coronada de su penacho negro, que se acostaba en los aires.

Como Salvador no viera entre el grupo mujer ninguna de sombrero, ó de traje que la diferenciara de las que se iban con los granujas inquietos, ó con los adultos que las abordaban, ó en unión de otras mujeres que no devolvían las chanzonetas ni los adioses toscos de manos que tiraban de los rebozos, que pellizcaban caderas y espaldas, Salvador apeóse del simón para mirar más de cerca... ¿Haría descendido Carolina hasta aquel lamentable extremo?...

Ordenó al cochero que lo siguiera, despacio, y, sin recatarse, echó á andar, de prisa, por bajo los árboles de la acera, con el proyecto de llegar al fin de la calzada y estacionarse en la esquina donde el tranvía se detiene á esperar pasajeros para Peralvillo. A unos cuantos pasos de tal sitio se instaló Salvador, apoyándose en el pretil carcomido del puente, y ansiosísimo determinando á cada uno de los obreros y obreras que desfilaban por su frente, después de que él se les hubo adelantado.

En los comercios de la populosa barriada se encendían las luces. La de los focos de arco de la calzada y de las calles, previos dos ó tres titubeos, rasgó la obscuridad de la noche que galopaba por los cielos.

...Con entrambas manos tuvo que asirse al pretil, al distinguir á Carolina en el acto identificada... sí, era ella, sí; su mismo andar cadencioso; su mismo cuerpo, su cuerpo ligeramente vencido, no tan enhiesto como ayer...

F. GAMBOA

Junto á él pasó, sin verlo, viendo al tranvía que ya no podría alcanzar, que se alejaba repiqueteando su timbre metálico...

En cuanto Salvador se recuperó, tras ella se fué temeroso de que le repudiara, de que se negase á perdonarle, de que no quisiera creerlo...

—¡Carolina! ¡¡Carolina!!...

La pobre mujer, al volver el rostro, encontróse con que Salvador, muy cerca de ella, sólo la contemplaba arrepentido y mudo.

Animado él con que la chica no huyera, ni llamara á un gendarme, ni le rechazara—¡la infeliz, como hipnotizada, no podía tampoco articular palabra!—se descubrió, y tendiendo su diestra, en voz muy baja de remordimiento y ruego, preguntóle:

—¿Quieres perdonarme?...

Nada repuso Carolina; llegóse trabajosamente á un árbol y en el tronco recargó su cuerpo. Luego, se cogió el corazón, que sin duda le palparía fuera de medida ó mucho doleriale, y, por último, abrazado al tronco para no caer y apoyando en el árbol la frente, rompió á llorar, un llanto que causaba poco ruido y que mucho la sacudía con sus sollozos sofocados...

Salvador, entonces, se le acercó más, hasta empinarse por cima de su hombro y al oído susurrarle un raudal de palabras que brotaban de sus interiores adoloridos de desgraciado, á las que intercalaba, á modo de ritornelo quejumbroso, su demanda de perdón:

—¡Perdóname, Carolina, dime que me perdonas!... ¡Si supieras lo que he pasado!...

Carolina seguía llorando, menos sollozos ahora que lágrimas.

Y lo que Salvador había imaginado, eso aconteció:

RECONQUISTA

Carolina, pasivamente, dejábase llevar; dejó que Salvador la sostuviera, estrechándola el talle; dejó que le reclinara la cabeza encima de su pecho duro de varón fuerte, como antes, como cuando novios; dejó que fuera acariciándola toda, hasta las mejillas empapadas que él púsose á enjugarle... Ante aquel dolor hondo y tan heroicamente sufrido, también Salvador enmudeció, adivinó el calvario por que habría atravesado esa infeliz, callada, sola, más débil que él, más delicada, más expuesta á riesgos y peligros. En aquel instante, los dos perdidos en el lado sombrío del barrio pobladísimo, cuyos inquilinos esparcíanse y diseminaban por comercios alumbrados, figones, almacenes de abarrotes, «puestos» á la intemperie con sus farolillos mortecinos; perdidos allí, en el borde del canal que se desliza con apagado rumor de reptil venenoso y traicionero que inficciona la ciudad con su ponzoña, Salvador se juró á sí mismo una porción de honradeces, de regeneraciones, de desagravios. Y seguro de que lo perdonaban, de que quizá habíanelo perdonado de tiempo atrás, cual si escapara con oro en paño, así cargó con Carolina, hasta el simón que curioseaba la escena muda, con la luz sanguinolenta de sus faroles de aceite, apostado bajo un árbol vecino.

¿Hablar?... Ya hablarían, después, más tarde, siempre, al narrarse mutuamente las desdichas de sus vidas. Ahora, conformábanse con palparse, con sentirse tan cerca uno del otro; á él, antojándosele un sueño que de nuevo lo aceptaran; á ella, antojándosele un milagro aquella vuelta, ese repentino reaparecimiento de quien le había hurtado, con la pureza que no retoña nunca, su juventud y su cariño.